

LA ADQUISICION DEL LENGUAJE

De *Marc Richelle*.

Editorial Herder, Barcelona, 193 páginas.

Este libro suscita varios problemas de lingüística. Sabido es que se ha seguido la historia de las lenguas con ayuda de documentos antiguos. Ocurre que los investigadores se encuentran con lenguas muy evolucionadas, de cuyo pasado nada se sabe con exactitud.

Las lenguas “madres” no tienen en sí mucho de primitivo. Nos ayudan a conocer algunas de sus transformaciones, pero no suministran pruebas de cómo se originó el lenguaje.

Los niños nos dan una idea de su manera de proyectar lo recibido, mediante un trabajo de imitación. El niño opera con los elementos que le suministran sus relaciones. Así tomó forma el denominado “lenguaje maternal”.

El origen del lenguaje constituye una parte de la historia primitiva de la humanidad. En muchos libros se dice que fue creado a medida que los seres humanos se desarrollaban y se unían en pequeños grupos. Las condiciones que han permitido al hombre “hablar” son psicológicas y sociales.

Esa vida en comunidad hizo posible la utilización de “signos”, como recurso de comunicación. Es decir, todos los órganos de los sentidos contribuyeron a crear el lenguaje, partiendo de la facilidad de articular sonidos. A menudo se ha discutido si el lenguaje, originariamente, era único o múltiple. Hoy día, para los lingüistas, eso no tiene mayor interés. Los estudios antropológicos demuestran que el hombre de las cavernas tenía un cerebro menos adaptado que el nuestro para la actividad lingüística.

Sicólogos que han estudiado la función de los “acentos” en las palabras recuerdan que, durante algún tiempo, todo vocabulario habría derivado de un grito, análogo al ladrido de un perro, o bien de una serie de sonidos que “sugerían” por imitación los objetos.

Lo que no puede negarse es que una lengua en formación parte de unos rasgos distintivos, progresa mediante sílabas, morfemas y palabras, hasta constituir la máxima unidad denominada “oración gramatical”.

Anotemos que la obra de Richelle está dividida en varias secciones: problemas teóricos, desarrollo lingüístico, estructuras del lenguaje, interacciones del ambiente, usos y funciones del lenguaje, investigaciones experimentales, aportaciones del método patológico, el lenguaje y la construcción de la persona.

La lengua es un fenómeno permanente, que resulta del encuentro del ser humano con su universo. Se constituye en el cerebro del niño, durante los diez primeros años. Construcción lenta, por correcciones sucesivas, que buscan un sistema riguroso y simple de comunicación. Más allá del hecho de pronunciar una frase está el “acontecimiento” que supone esa frase.

Un fenómeno curioso es el siguiente: los niños, durante algún tiempo, emplean correctamente las palabras, lo que significa que se limitan a reproducir un lenguaje ya hecho. Pero llega un momento en que comienzan “los errores”, porque se inició el período de las construcciones personales.

Proceso de hominización es el lenguaje. Señala exactamente el punto a que ha llegado el hombre en el proceso de su construcción interior.

El hombre busca comunicarse con los recursos más concretos y rápidos. Si un

vocablo no le sirve para sus propósitos, le confiere simbologías, crea imágenes y metáforas, organiza un lenguaje convencional, que tendrá validez gracias a una especie de pacto lingüístico entre el hablante y su público.

El proceso inverso consiste en limpiar las frases, dejándolas “desnudas”, hasta que la palabra sea “la cosa misma”, como decía Platón.

Tarea difícil, ya que buscar la simplicidad, como bien lo saben los poetas, es un acto de constante desesperación, una vuelta a la infancia del lenguaje.

El milenario choque del hombre con el universo va delineando los diferentes grupos humanos. Hablar es un acto de conciencia viva, una serie de signos que nos permiten dirigirnos a otros y revisar constantemente nuestra propia imagen. El libro de Marc Richelle se completa con una extensa bibliografía. Está en la línea de las preocupaciones actuales de profesores y filólogos.

Vicente Mengod

LA CASA DEL HOMBRE DESCALZADO

De *Guillermo Trejo*.

Taller Nueve. Santiago. 145 páginas.

Este excelente escritor, poeta, intelectual, romántico, ha publicado un libro en prosa, un conjunto de narraciones que bien pueden ser “cuentos” o esquemas esenciales de varias novelas. Recuerdan la técnica de las historias inconclusas, porque no terminan, porque la vida auténtica es así, un haz de problemas cuya solución está en la sensibilidad de los lectores.

La síntesis narrativa tiene esa virtud. Las palabras concretas, lejos del preciosismo, tienen proyecciones ocultas, que es necesario descubrir. He ahí un fenómeno de virtualismo literario, sencillo en apariencia, difícil sin embargo. La dificultad consiste en dejar la historia en una posición concreta, nunca inestable.

“Lioba” es la imagen de un caso de sumisión, con leves ondulaciones líricas, que no distraen la atención, sino que la refuerzan. Parece que estuvieran dibujadas en un telón de fondo que se hunde y se levanta con rapidez. Nos presenta la personalidad de una persona: “Cada noche, antes de dormir, en un rito relajador, paseaba los ojos por el cuarto, descansándolos complacidos en cada rincón; medía todas las noches su dominio. Ya serena, se sumía en el sueño, y en la ambición de mantener, eterna, siempre en el borde, la torre de su intimidad”.

“Riberas” son divagaciones íntimas, puentes que unen el pasado y el presente, visiones y metáforas que llegan a una prosa limpia desde los recintos de la poesía. Buena fusión estilística. El protagonista dice con frases breves, entrecortadas: “Un reseco gruñido de maderas por los rincones. Los muebles, desperezándose. Pupilas incoloras, planas. Toda la avidez de un cuerpo fuerte, enroscada allí para pedir razones. Nieve, hunde los techos; corroe los barnices, polvo. Aquel verso que le hizo dudar por mucho tiempo: ¿sería él un poeta?”.

“La casa del hombre descalzado”, que da título al libro, tiene como punto de partida unos versículos del “Deuteronomio”.

Así como el ser humano equilibrado comprende que no puede saltar más allá de su propia sombra, porque siempre lo acompaña, hay seres que, por determinación de unas “leyes”, no pueden “evocarse” sin que otro lo siga, tan cerca, que sus